

CHESTERTON, G.K. Por qué soy católico.
Ed. El buey mudo. Madrid. 2009.

XXVI

Reflexiones sobre una manzana podrida

Nuestra era es evidentemente la era del sinsentido; el tipo más inteligente de sinsentido lo proporcionan los niños y el más tonto las personas mayores. El siglo XVIII fue llamado la Edad de la Razón; supongo que no hay ninguna duda de que el siglo XX es la Edad de la Sinrazón. Pero llamarlo así es subestimarlo. La Edad de la Razón tomó su apelativo de un famoso libro racionalista. Aclaremos que el racionalista no estaba en realidad tan preocupado por imponer lo racional sobre lo irracional como por alentar lo natural contra lo sobrenatural. Pero hay un grado de irracionalidad que va más allá de lo antinatural. No estamos tanto ante un cuento increíble como frente a una idea sin consistencia. Como señalé hace mucho tiempo, una cosa es creer que una planta de alubias puede subir hasta el cielo y otra muy distinta creer que cincuenta y siete alubias son lo mismo que cinco.

Por lo general, el hombre no cree en los milagros a causa de un principio apriorístico de pensamiento determinista, y en algunos casos su descreimiento se basa en el examen de la evidencia. No obstante, cuando se le cuenta el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, se le está diciendo algo que es lógico, aunque no sea natural. La multiplicación es un concepto matemático, y una muchedumbre alimentada

con peces milagrosos es un espectáculo menos misterioso o monstruoso que el de un hombre que dice que la multiplicación equivale a la sustracción. La historia de los panes y los peces no convence a un escéptico, pero tiene sentido. Puede reconocer la consecuencia lógica, aunque no entienda la causa lógica. Pero ningún Papa o sacerdote le pidió jamás que creyera que miles de personas murieron de hambre y sed en el desierto porque fueron abundantemente alimentados con panes y peces. Ningún credo o dogma declaró jamás que había muy poca comida porque había demasiados peces.

Y ésta es la precisa, práctica y prosaica definición de la situación presente en la moderna ciencia económica. El hombre de la Edad del Sinsentido debe agachar la cabeza y repetir su credo, el lema de su tiempo: *Credo qua impossibile*. El término sinrazón es usado a veces más razonablemente, en una especie de frase floja o elíptica, que es por lo menos ilógica en la forma. El caso más popular es lo que se ha llamado Toro irlandés⁹⁶, muchas veces sospechoso de parecerse a una bula papal, por ser un monstruo sobrenatural nacido de la credulidad y la superstición. Pero incluso esa antigua especie de confusión queda lejos de la nueva contradicción. Si un irlandés dice «no somos pájaros para estar en dos lugares al mismo tiempo», por lo menos entendemos lo que quiso decir, aunque no sea lo que en realidad dijo. Pero supongamos que dice que un pájaro ha sido milagrosamente multiplicado y convertido en un millón de pájaros, y por esta razón habría menos pájaros en el mundo que los que antes existían. No estaríamos lidiando simplemente a un toro Irlandés, sino a un toro loco. O para aplicar la parábola: a veces el irlandés ha sido acusado de sentir una emoción desequilibrada o tener sentimientos mórbidos, pero nadie dice por ello que simplemente se imaginó la

⁹⁶ Literalmente *Irish Bull*. Chesterton hace un juego de palabras con el término *bull*, «toro», que también se utiliza para referirse a la bula papal.

gran hambruna, en la que grandes multitudes murieron de hambre porque las patatas eran pocas y pequeñas. Supongamos que un irlandés hubiera dicho que murieron de inanición porque las patatas eran gigantescas e innumerables: todavía seguiríamos hablando del enloquecido absurdo de ese irlandés. Y sin embargo tal es el enfoque de la economía que afecta hoy en día a los ingleses y en gran medida también a los estadounidenses. Nos enteramos de que hay hambre porque no hay escasez, y de que hay tan buena cosecha de patatas que no hay patatas. En comparación con estas tesis, las del irlandés, con su millón de pájaros, serían las de un racionalista bastante estricto.

Los viejos ejemplos de lo fantástico se quedan, de este modo, muy atrás de los hechos modernos, ya sean misterios supuestamente por encima de la razón o absurdos supuestamente fuera de ella. Sus milagros eran más normales que nuestros datos científicos. El embustero irlandés era menos ilógico que la lógica actual de los acontecimientos.

Parece que hoy en día vivimos en un mundo de brujería, en el que los huertos se marchitan porque prosperan y la gran cantidad de manzanas del manzano las convierte en un fruto prohibido, y transforma el esfuerzo por consumirlas en algo totalmente infructuoso. Ésta es la moderna paradoja económica llamada superproducción, o exceso de mercado, y aunque a primera vista suene como la más salvaje fantasía, es bueno darse cuenta de que en cierto sentido es el más sólido de los hechos. Que quede claramente entendido, por lo tanto, que como descripción de la situación social objetiva en este instante en la sociedad industrial, la paradoja es perfectamente cierta. Pero no es cierto que la contradicción en los términos sea cierta. Si no la tomamos como una descripción, sino como una definición, si la consideramos materia de un razonamiento abstracto, ciertamente la contradicción es falsa, como lo es toda contradicción. Y esa característica puede ser pre-

sentada de muchas formas. Quizás la más sencilla manera de hacerlo esté en la fábula del hombre que vendía navajas de afeitar y luego explicaba a un cliente indignado que él nunca había afirmado que sus navajas afeitaran. Y cuando le preguntaron si las navajas de afeitar no habían sido hechas para afeitar, contestó que habían sido hechas para ser vendidas. Ésa es una «pequeña historia del comercio y la industria en el siglo XIX y principios del XX».

Dios hizo un mundo de razón, tan ciertamente como hizo las pequeñas manzanas (como dice el bello proverbio). Y además Dios no hizo las manzanas pequeñas más grandes que las manzanas grandes. No es cierto que un hombre cuyo manzano está cargado de manzanas sufrirá por la escasez de manzanas, aunque puede abandonarse a un derroche de manzanas. Pero si no mira las manzanas como producto para comer, sino que siempre las considera objeto de venta, se meterá de cabeza dentro de otro tipo de contradicción. Si en lugar de producir tantas manzanas como quiere, produce tantas como se imagina que el mundo entero necesita, con la esperanza de copar el comercio mundial de manzanas, entonces puede tener éxito o fracasar en el intento de competir con el vecino, que también desea todo el comercio mundial para sí. Entre los dos producirán tantas manzanas que su precio de mercado no será mayor que el de los guijarros de la playa. Entonces, ambos encontrarán que tienen muy poco dinero en el bolsillo con el cual comprar peras frescas en la frutería. Si nunca hubiera esperado encontrar fruta en la frutería y hubiera extendido la mano y la hubiera arrancado de su propio árbol, jamás habría padecido esa dificultad. Parece una simpleza, pero en la raíz de todos los manzanos hay algo tan simple como esto.

No quiero decir que la vida práctica sea sencilla hoy en día, porque ningún problema práctico es simple, y menos que nunca en el tiempo presente, en el que todo ha sido confundido por los corruptos y evasivos liantes denominados políti-

cos prácticos. Pero el principio es simple, y la única manera de proceder en una situación compleja es comenzar por un primer principio correcto. Hasta dónde podremos llegar sin controlar o simplemente modificar las desventajas de comprar y vender es una cuestión completamente distinta. Pero las desventajas surgen de la compra y la venta, y no de la producción, ni siquiera de la sobreproducción. Al final, es una satisfacción comprobar que no estamos viviendo una pesadilla en la que *no* equivale a *sí*, que el mundo moderno todavía no se ha vuelto loco, a pesar de todos sus ingeniosos intentos de conseguirlo; que dos y dos son cuatro, y que el hombre que tiene cuatro manzanas tiene más que el que tiene tres. Porque algunos metafísicos y filósofos morales modernos parecen dispuestos a hacernos dudar con respecto a esos puntos.

Lo que está en cuestión no es la razón fundamental de las cosas, sino una particular falsificación, originada en un truco muy reciente que consiste en mirar todas las cosas solamente en relación con el comercio. El comercio es muy bueno en cierto sentido, pero hemos colocado al comercio en el lugar de la Verdad. El comercio, que en su naturaleza es una actividad secundaria, ha sido tratado como una cuestión prioritaria, como un valor absoluto. Los modernos, enloquecidos por la mera multiplicación, han convertido en plural lo que eternamente ha sido y es singular, en el sentido de único. Lo que los antiguos filósofos llamaban el Bien, lo han traducido como «los bienes».

Tengo entendido que algunos místicos del mundo americano de los negocios protestaron contra la recesión colocando lemas en sus sacos con la frase «el comercio es bueno», junto con otros similares, como «Capone está muerto», «la muerte ha sido abolida», y similares. Pero lo que me interesa de estos magos es que, habiendo decidido crear las condiciones ideales para controlar a los elementos externos por medio de conjuros y encantamientos, no entendieron —por así decirlo— los

elementos de los elementos. No fueron a la raíz del problema, e imaginaron que los problemas habían llegado realmente a su fin. Adoraron los medios en lugar de adorar los fines. Ya puestos, no deberían haber dicho, «el comercio es bueno», sino «vivir es bueno» o «la vida es buena». Supongo que sería demasiado esperar que gente tan completamente respetable dijera «Dios es bueno», pero es muy cierto que a su concepción de lo que es bueno le falta la lógica finalidad propia de la bondad de Dios.

Cuando Dios miró las cosas creadas y vio que eran buenas, fue porque eran buenas en sí mismas, tal como aparecían. Pero según la moderna idea mercantil, Dios habría mirado cosas y visto que eran bienes. En otras palabras, hubiera existido una etiqueta atada a cada árbol o cada colina, como al sombrero del Sombrerero Loco, diciendo «Este modelo, 10,60 \$». Todas las flores, todos los pájaros, estarían marcados con los precios de liquidación; toda la creación estaría en venta y todas las criaturas buscando negocio; con todas las estrellas de la mañana haciendo publicidad en el cielo y todos los hijos de Dios pidiendo trabajo a gritos.⁹⁷ En otras palabras, esta gente es incapaz de imaginar ningún bien que no sea el que proviene del intercambio de una cosa por otra. La idea de un hombre disfrutando de una cosa en sí misma y para él mismo les resulta inconcebible. La noción de un hombre comiendo sus propias manzanas de su propio manzano les parece un cuento de hadas.

La caída de esa primera creación que fue llamada buena se debió principalmente a la incapacidad de valorar las cosas por sí mismas, la locura del comerciante que no puede ver nada bueno en un bien, excepto como algo de lo que se tiene que librar, una vez que fue admitido que con el pecado y la muerte llegó al mundo la costumbre que podemos llamar cambio.

⁹⁷ Referencia a Job, 38, 6-7.

El fenómeno no es menos verdadero y trágico porque lo que llamábamos cambio pasamos luego a llamarlo intercambio. De cualquier manera, el resultado de esa extravagancia del intercambio ha sido que cuando hay demasiadas manzanas hay muy pocos comedores de manzanas. No insisto en este símbolo del Edén, o en la parábola del manzano, porque es extraño notar que hasta esta imagen accidental nos persigue en cada etapa de esta historia. El último resultado de tratar a un árbol como si fuera un comercio o un negocio, en lugar de como un depósito, el último efecto de tratar las manzanas como «bienes» y no como «buenas», ha desembocado en un desesperado impulso de la caridad pública y en infinidad de pobres hombres obligados a vender manzanas en la calle.

El comerciante ha existido y debe existir en todas las civilizaciones normales. Pero en todas las civilizaciones normales el comerciante era y es, por decirlo así, una excepción; ciertamente no era la regla y mucho menos era el gobernante de la civilización. El predominio que ha alcanzado en el mundo moderno es la causa de todos los desastres del mundo moderno. La humanidad tenía el hábito de producir y consumir como parte del mismo proceso, generalmente conducido por la misma gente en el mismo lugar. Algunas veces los bienes eran producidos y consumidos en el mismo gran señorío feudal, en ocasiones hasta en la pequeña granja campesina. A veces era un tributo de los siervos, que todavía se distinguían poco de los esclavos; otras veces era el fruto de la cooperación entre hombres libres que una persona superficial no podría distinguir del comunismo. Pero ninguno de esos muchos métodos históricos, cualesquiera que fuesen sus defectos o limitaciones, se enredó en el particular embrollo propio de nuestro tiempo, porque la mayor parte de la gente, la mayor parte del tiempo, pensaba en cultivar alimento para luego comérselo, y no únicamente en cultivar alimentos para después venderlos al precio más alto posible a quien no tuviera nada para comer.

No creo que haya alguna salida del enredo moderno si no es incrementando la proporción de la gente que vive de acuerdo con esa antigua simplicidad. Nadie en su sano juicio propone que no existan ni el comercio ni los comerciantes. Sin embargo es importante recordar, en nombre de la lógica pura, que puede existir una gran riqueza aunque no existan ni el comercio ni los comerciantes. Esto es importante para esos hombres cuya única esperanza es la idea de que «el comercio es bueno», o cuyo único secreto terror es que «el comercio sea malo». En principio, la prosperidad puede ser mucha aunque el comercio sea muy malo. Si un pueblo estuviera en una situación tan privilegiada que, por alguna razón, fuera fácil para cada familia poseer sus propios pollos, cultivar sus propios vegetales, ordeñar su propia vaca y —agrego yo— elaborar su propia cerveza, el estándar de vida sería muy elevado, aunque la memoria del más viejo habitante del pueblo sólo recordara dos o tres transacciones puramente comerciales; aunque sólo pudiera acordarse del remoto acontecimiento de la compra de un sombrero en un carretón de gitanos efectuada por un vecino.

Ya he dicho que no imagino ni deseo que las cosas vayan a ser alguna vez tan simples como eso. Pero debemos entenderlas en su simplicidad para poder explicar y corregir su complejidad. La complejidad de la sociedad comercial se ha vuelto intolerable, porque semejante sociedad es comercial, y nada más. La comunidad no tiene la mente centrada en la idea de poseer cosas, sino en la de pasárselas a otros. Cuando los simplones entusiastas a los que nos hemos referido dicen que «el comercio es bueno», quieren decir que todas las personas que poseen bienes están deshaciéndose de ellos constantemente. Estos optimistas seguramente evocan al poeta, con algunas pequeñas diferencias de significado, cuando éste proclama: «¡Nuestras almas son amor y una perpetua despedida!». En este sentido, nuestra sociedad moderna, individualis-

ta y comercial es precisamente lo opuesto a una sociedad fundada en la propiedad privada. Quiero decir que el disfrute directo y puro de la propiedad privada, como algo distinto y separado del entusiasmo por el intercambio o la obtención de un beneficio a partir de ella, es más difícil de hallar en nuestra gran sociedad que en muchas comunidades pequeñas, que, en su sensatez, casi parecen comunitarias. Esa especie de consumo privado, que es también producción privada, es muy difícil que caiga continuamente en la sobreproducción.

El número de manzanas que se puede producir sin comerlas tiene un límite. Pero no hay límite para el número de manzanas que se puede producir para la venta, y entonces el productor se convierte en un agresivo, diestro y exitoso vendedor, y pone el mundo patas arriba. Porque es él quien provoca esta enorme paradoja, la pantomima con la que se inició esta reflexión. Es él quien causa una revolución más bárbara que la desencadenada por la manzana de Adán, que trajo la muerte, o que la manzana de Newton, que originó el apocalipsis de la gravitación. Y lo hace al lanzar la suprema blasfemia, la herejía según la cual la manzana fue hecha para el mercado y no para la boca. Fue él quien, iniciando el frenético lanzamiento sin fin de manzanas a un mercado sin fondo, abrió los abismos de contradicción que contemplamos hoy. Ese truco de considerar que el mercado es la prueba, la única prueba, nos ha puesto cara a cara con una total y asombrosa irracionalidad escrita en letras gigantesas alrededor del mundo, más gigantesas que todos sus absurdos anuncios y propagandas: la aseveración de que cuanto más producimos menos poseemos.

Probablemente Oscar Wilde se hubiera desmayado con idéntica facilidad si se le hubiera dicho que estaba siendo usado como argumento a favor del arte americano de las ventas, o como argumento en defensa de una familia ahorrativa y respetable de una granja. Y sin embargo, el epigrama verdadero que aparece entre muchos de sus epigramas falsos, resume correcta

y sintéticamente una verdad, no acerca del arte, lamento decirlo, sino de todo lo que él deseaba separar del arte: la ética y también la economía. Dijo en una de sus obras teatrales: «Un cínico es un hombre que sabe el precio de todas las cosas y no conoce el valor de ninguna»⁹⁸. Esto es extraordinariamente cierto y paradójicamente es la respuesta a la mayor parte de las otras cosas que dijo. Pero es todavía más extraordinario que los hombres modernos que cometen este error de forma más evidente no sean los cínicos. Por el contrario, son los que se llaman a sí mismos optimistas; quizás también los que de buena gana se llamarían idealistas, y ciertamente los que se consideran tipos estupendos e hijos del servicio y el ennoblecimiento. Demasiado a menudo ocurre que esta misma gente ha echado a perder todos sus logros y debilitado su considerable buen ejemplo de trabajo y relaciones sociales por culpa del error de creer que las cosas deben ser juzgadas por su precio y no por su valor. Y como el precio es una noción demente e incalculable, mientras que el valor es algo intrínseco e indestructible, nos han arrastrado a una sociedad que ya no es sólida, sino fluida, tan insondable como el mar y tan traicionera como las arenas movedizas. No tengo espacio aquí para discutir ampliamente si se puede construir algo sólido a partir de una filosofía social de valores, pero estoy seguro de que nada sólido puede ser levantado a partir de ninguna otra filosofía; y menos aún sobre la base de la totalmente antifilosófica filosofía de la ciega compra y venta que propone amedrentar a la gente para que compre lo que no quiere comprar, y fabricar tan torpemente como para que lo fabricado se pueda romper, suponiendo que lo querrán comprar de nuevo, mantener la bazofia en una rápida circulación, como una tormenta en el desierto, y pretender que están enseñando a los hombres la esperanza porque no les permiten un instante de reflexión inteligente para desesperarse.

⁹⁸ La cita es de *El abanico de lady Windermere*.